

Boletín de la
ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Año 1986
1er Fascículo



Lima - Perú

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

SOLEMNE SESION EXTRAORDINARIA
EN HOMENAJE A LA MEMORIA DEL
PROFESOR MAX GONZALEZ OLAECHEA,
EN EL CUADRAGESIMO ANIVERSARIO
DE SU FALLECIMIENTO



Lima, 6 de febrero de 1986

Editado bajo los auspicios del
Colegio Médico del Perú



Fotografía del ilustre Académico y Profesor, Doctor Don Max González Olaechea, poco antes de su sensible fallecimiento, acaecido en la madrugada del 5 de febrero de 1946, en el balneario de Huacachina, cerca de la ciudad de Ica.

El día 6 de febrero de 1986, a las 7 y 30 de la noche, tuvo lugar en la Academia la Sesión Extraordinaria convocada para rendir homenaje a la memoria del Profesor Don Max González Olaechea, quien fuera ilustre Presidente de la Institución en los años de 1923 y 1924.

Estuvieron presentes el representante del Colegio Médico del Perú, Dr. Augusto Añaños; el señor Decano de la Facultad de Medicina de San Fernando de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Dr. Raúl Romero Torres; el señor Rector de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Dr. Alberto Cazorla Táller; el señor Presidente de la Academia Peruana de Cirujía, Dr. César Zaldívar; los señores Académicos, familiares del Profesor González Olaechea y otras distinguidas personas así como médicos y estudiantes de Medicina.

El señor Presidente de la Academia, Dr. Vitaliano Manrique abrió la sesión anunciando que se rendiría homenaje al insigne Maestro González Olaechea en esa Sesión Extraordinaria.

Acto seguido, el señor Secretario Permanente de la Academia, Dr. Carlos Bustamante Ruíz dió lectura al Acta Institucional en la que se daba cuenta del acuerdo de realizar este homenaje recordatorio a quien fuera ilustre Presidente de la Institución, tres veces Decano de la Facultad de Medicina de San Fernando de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, clínico y Maestro de sobresalientes méritos.

A continuación, el señor Presidente de la Academia, Profesor Manrique, puesto de pie, pronunció el discurso que sigue:

DISCURSO DEL ACADEMICO, PRESIDENTE DR. VITALIANO MANRIQUE

Por acuerdo de la Academia Nacional de Medicina, esta sesión está dedicada a rendir homenaje y a recordar al Maestro inolvidable, con dones especiales, Dr. Don Max González Olaechea, que para alumnos, profesores y médicos en general era "Don Max", a los 40 años de su tan sentido y llorado fallecimiento.

Yo, siento especialísima emoción al presidir este acto, porque con el mérito que me han dado mis colegas y amigos de la Institución, lo hago desde el mismo sitio que ocupó el Maestro en 1923 y 1924, señalando virtud y progreso en esta centenaria casa. Igual emoción sentimental experimento al recordar que Don Max, como docente intachable, dirigió la Facultad de Medicina de San Fernando de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en tres oportunidades y la muerte le sorprendió desempeñando el cargo de Decano,

funciones que ha ejercido con ese título o con el de Director, por reforma de la Ley Universitaria.

En el centenario Hospital "Dos de Mayo" de Lima, conocí al Doctor Max González Olaechea, cuando en ese nosocomio la mayor parte de los catedráticos de San Fernando, sin egoísmo, ni interés personal, daba su sabiduría a los alumnos y la esmerada atención galénica a cuantos concurrían en busca de remedio a sus males, sin mirar si eran pobres o acomodados económicamente. Todas las mañanas estaban dedicadas a ellos.

Fue mi Maestro y estuve muchos años a su lado. De él recuerdo, preferentemente, su figura de hombre de bien, que enseñaba y lo hacía con placer, que daba consejos llenos de ciencia y moralidad en el comportamiento con el paciente y terceros. Fui su interno, por dos años, en su Servicio de San José y luego su Asistente en el mismo. Guardo con especial cuidado el libro que me obsequió con una dedicatoria a "su alumno", libro en francés y de actualidad para esa época y aún para hoy, titulado "La permeabilidad de la membrana celular". Estuve a punto de estudiar Cardiología, pero por pedido de otro maestro muy querido y recordado para mí, que me aconsejó, regresé al Laboratorio clínico. Don Max, fue para mí un padre espiritual. No sólo me enseñó Medicina, sino que me ayudó en el ejercicio de la profesión, cuando yo la iniciaba.

Tenía una observación extraordinaria y recomendaba practicarla. De los libros y artículos, con exquisita habilidad, sacaba lo nuevo. Decía "lo que es hoy, puede no ser mañana", "la ciencia avanza muy rápido, si no se lee, amigo, se puede caminar en cuatro manos". Hacía diagnósticos precisos. Era enemigo de la polifarmacia. Criticaba a los que disparaban "con perdigones". No usaba estimulantes. Decía, "son letras que se giran a largo plazo, pagando intereses muy altos".

Cuando tomaba vacaciones, que lo hacía en los meses de vacaciones docentes, de aquellos tiempos, en los que todo era orden y respeto, nos decía, "voy a descansar, es necesario aceitar la máquina". En muchas ocasiones se fue a la tierra en que nació, Arequipa. Según él, era de la Torre de San Lázaro, lugar acogedor y muy bello.

Viajaba en los primeros aviones de la Compañía Faucett. Buscaba a su entrañable amigo el Doctor Don Juan Manuel Polar, hombre de extraordinaria sensibilidad con los niños y con los pobres. Respetado por todos. Para reunir a sus amigos, que era la intelectualidad arequipeña, fundó la "Asociación de los Pacpacos", en el sentido figurado a una avecilla que emite ese sonido, entre las seis de la tarde y las siete de la noche. Su reunión la realizaba una vez a la semana, en determinado día y a las siete de la noche. Duraba una hora, en la que se hablaba de todo, en el marco de la mayor amistad y cordialidad. A las ocho de la noche, un pequeño brindis y hasta la próxima.

Estos viajes los realizó hasta la vez que un avión equivocó su ruta, apartándose peligrosamente de la normal.

Desde esa fecha, su reposo corporal y espiritual lo hizo anualmente en el balneario de Huacachina. En este lugar, el día 5 de febrero de 1946, fue atacado por edema agudo de pulmón. La muerte nos privó del cariño del mejor Maestro de muchas generaciones. Lo lloramos desconsoladamente.

Su sepelio constituyó una extraordinaria y multitudinaria manifestación de profundo pesar nacional.

Son palabras que han brotado de lo más hondo de mi corazón. Podría decir más, aunque las dije cuando la Asociación Médica Daniel A. Carrión me encargó el discurso en el homenaje que le rindió a poco de su fallecimiento. Ahora, con el verbo y sensibilidad que adornan al Doctor Jorge Voto Bernales, hará este distinguido Académico la semblanza del Doctor Don Max González Olaechea.

El señor Presidente invitó luego al señor Académico Dr. Jorge Voto Bernales a ocupar la tribuna para hacer el elogio académico del Dr. González Olaechea, para lo que había sido designado por la Directiva Institucional.

ELOGIO CONMEMORATIVO DE DON MAX GONZALEZ OLAECHEA, POR EL ACADEMICO Y EX-PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, PROFESOR Dr. JORGE VOTO BERNALES.

Agradezco a la Junta Directiva de la Academia Nacional de Medicina mi designación para decir el elogio del Profesor Don Max González Olaechea en esta fecha conmemorativa de su sensible deceso. La he aceptado, sin desconocer la magnitud de la encomienda, porque me incluyo entre quienes tuvimos el privilegio de disfrutar de cerca de las enseñanzas y del ejemplo supremo del Maestro, desde las posiciones de Interno, primero, de su Servicio hospitalario, y luego de Jefe de Clínica suyo, aún sin haber concluido el ciclo estudiantil. Atribuí tan señalada distinción a la confianza que le inspiraba por ser hijo de uno de sus más próximos colegas y amigos, que tal fue mi padre, pero me atrevo a pensar que fuera también esa especial predilección suya por los temas médicos en que comenzaba a interesarme y veía la posibilidad de ayudarme, como había ayudado a tantos otros, a dar algunos pasos certeros en caminos nuevos.

Tanto en esta solemne ocasión como en aquella en que pocos años después del aciago 5 de febrero, la Promoción "González Olaechea", a la que pertenezco, me encargó expresar nuestro sentimiento dolorido, he tratado de calificar el sentimiento que nos inspiraba; me he preguntado si acaso quedaba limitado a la admiración, el respeto o el afecto. Pero estoy seguro que iba más allá. Nosotros experimentamos desde que lo conocimos, verdadera devoción por el Maestro. Creo que es perfectamente justo y proporcionado transferir esta expresión de matiz religioso hacia quien configuró para sus alumnos una constelación muy especial de calidades humanas, sorprendentemente reunidas en su personalidad. ¿Cómo no amar devotamente a quien dispensaba saber, comprensión, bondad y tolerancia para todos, quien nunca perdió la ecuanimidad ni desmayó en la indagación de la verdad?

Para diseñar la personalidad eminente del Profesor González Olaechea hay que recoger de su mundo circundante, el universitario, las voces que constituyen veredicto: "vox populi, vox Dei". Había de encontrarse una formulación verbal proporcionada a su grandeza intelectual y moral y recurrimos entonces a llamarlo "Emperador de la Clínica". Aprendí después que no fuimos originales, porque mucho antes Daudet había llamado a Charcot "Imperator". Esa palabra significaba no solamente la supremacía de su criterio y erudición clínica y la maestría de su didáctica, sino que la imagen imperial—consagrada por la juventud estudiosa de nuestra generación— expresaba también su señorío, su elegancia espiritual. No era imperial por la imposición, por el mando ni por el continente altivo, sino por la intensa gravitación de sus talentos, en la acepción griega de calidades humanas superiores.

Mas al lado de esa imagen se perfila la otra, la del incesante innovador, la del inquieto propagador de las nuevas e insurgentes verdades acogidas con apasionamiento pero sin apresuramiento, las que interpretadas y racionalizadas cabalmente eran transferidas en contagiosa complicidad a las generaciones jóvenes. En este sentido y apelando a analogías que pueden establecerse a través de las edades, si recordamos que los medios científicos llamaban hace 300 años a William Harvey, el "sedicioso de la república médica", podemos afirmar que Don Max era también un revolucionario de nuestra república médica. Como todo innovador y revolucionario, buscó y eligió con acierto a los prosélitos, quienes pudiesen ahondar e internarse por las nuevas sendas, y los orientó teniendo en cuenta sus peculiares disposiciones y habilidades. Así fue cómo nuestro actual Presidente, el Profesor Vitaliano Manrique, se decidió por el Laboratorio y la Patología Clínica, destacando hasta ser la más respetada autoridad en la materia. Entre los grupos de trabajo que fue inspirando y estructurando, el de Cardiología dispuso de mayor entusiasmo y dedicación por parte del Maestro. Una auténtica, prestigiosa y pionera escuela cardiológica

fue identificando al Servicio San José con la cuna de la Cardiología patria; estuvo constituida por Rafael Alzamora, Eduardo Pérez Aranibar, Aurelio Peralta, Roberto Delgado Valenzuela, Augusto Mispireta, Matías Ferradas, Pedro Moyano, Víctor Alzamora Castro, Carlos Guibovich, Marcos Roitman y muchos más. Como en fecundo sembrío, cada uno de ellos fue llevando la simiente cardiológica a sendos hospitales y consultorios a escala nacional y subespecializándose en las novedosas técnicas auxiliares diagnósticas, llegando en su Servicio a practicar los primeros cateterismos cardíacos en nuestro medio.

Quisiera ahora consignar un ejemplo de su desprendimiento material. Pese a que no había ningún apremio legal para su jubilación, adelantó su retiro de la Jefatura del Servicio San José a fin de que el Profesor Rafael Alzamora, su dilecto discípulo, dispusiese de mayores facilidades para cristalizar el proyecto que ambos habían acariciado mucho tiempo antes de crear el Instituto Peruano de Cardiología.

Conocí personalmente al Profesor González Olaechea en 1937, cuando fui su alumno, aunque desde mis primeros años estudiantiles había escuchado el unánime consenso sobre su autoridad clínica. Desafortunadamente el grueso de sus publicaciones data de fechas muy anteriores y no dispusimos del monumento documentario que fue sabiamente elaborando, pero cuya dispersión no pudo evitar. Muy lejos estaba su personalidad señora de ese afán promocional de que están poseídos quienes corren a los diarios para publicitar acciones y logros que deberían permanecer en el ámbito académico. Su obra nos ha llegado más por tradición oral que por accesibilidad a esas publicaciones; sin embargo, su actitud era tan elocuente, tan didácticos sus sistemas de trabajo, tan eruditas sus disertaciones que leíamos en sus labios lo que no nos era permisible de su material bibliográfico.

Al evocar esos recuerdos, se marcan las diferencias entre "ser médico" y "hacerse médico". González Olaechea nació médico, es decir, poseía ese infinito interés por el fenómeno humano en la armonía de la salud y esa preocupación angustiosa por restaurarla en la enfermedad. Era fácil advertir esa identidad en el vasto mundo de sus confluentes intereses hacia la salud individual y colectiva. Los corredores hospitalarios son testigos de que desde la Sala Odriozola hasta la de San José, de ésta al mortuorio o hacia la puerta del Hospital Dos de Mayo, se le acompañaba siempre para beber ávidamente de su saber y admirar la atrayente bonhomía y una ejemplaridad perteneciente a las más puras esencias de la vida hipocrática. Cuando se habla de la vida sacrificada del médico, quienes lo somos realmente rechazamos ese elogio compasivo, porque ¿qué mayor satisfacción puede haber para el mortal que disponer del poder de sostener en medio de todas las vicisitudes el don precioso de la vida? Coincidíamos en análogas consideraciones, desde la distancia entre la eminencia de su saber y las limitaciones de nuestra ignorancia, sin que las hiciese sentir.

Nos llamaba "colegiales" a los estudiantes. He tratado de interpretar esa denominación inusual para los universitarios, que él empleaba, como si se situara en los tiempos del Colegio de la Independencia, precursor de la Facultad de Medicina de San Fernando. O podría ser que su paternal benevolencia le hiciera considerarnos como sus descendientes en la familia médica, pero aún en etapa escolar. Este comentario aparentemente marginal, me lleva a indagar por la palabra más próxima para calificar su identificación científica e intelectual y no encuentro otra más apropiada que el vocablo inglés intraducible "scholar", que significa erudición, eficiencia, transmisibilidad docente y universalidad del designio intelectual de la persona.

Cuando le conocimos, el Maestro perfectamente podría haber disfrutado de la eminencia lograda tras largos años de estudio metódico y abnegado trabajo, resguardado por el tradicional "magister dixit" y reinar enseñoreado desdeñosamente con el acervo de verdades adquiridas durante su ascenso profesional. Mas no fue así. Nunca fue así. Hasta el menos calificado de los colegas o alumnos era escuchado paciente y respetuosamente por Don Max, quien hasta se interesaba por las informaciones que pudiesen entrañar puntos

de vista opuestos a los suyos, consagrados en ese momento. Solía decir: "bueno, eso no es frecuente pero no es imposible". Y cuando ya el absurdo de algún comentario excedía los límites de lo razonable, exclamaba: "bueno, Sr., las hipótesis no las niegan ni los teólogos". Piénsese cómo un alumno consciente de la superioridad del maestro y clínico de renombre, sentiría reforzada su confianza y su aptitud para colaborar activamente en el mecanismo docente —lo que es tan difícil de lograr— al recibir en vez del tonante rayo de repudio jupiteriano, el bálsamo fecundante de sus palabras. La imaginación fácil, la improvisación y hasta el error se acogían y se toleraban en su mundo de afecto por el educando, el "colegial" en su lenguaje.

La trayectoria docente del Profesor González Olaechea ha sido recordada por el Académico Profesor Jorge Avendaño en su obra "Perfiles de la Medicina Peruana". El Maestro se inició en la docencia como Jefe de Clínica Médica de Varones en 1891; en su ascendente carrera fue Catedrático Adjunto de Patología General, Profesor Interino de Medicina Legal, Principal de Patología General, Nosografía Quirúrgica y de Teoría de Partos, Fundador y Titular de la cátedra de Patología y Clínica Propedéutica y Semiología hasta 1922, en que sucedió a Ernesto Odriozola en la cátedra de Clínica Médica de Varones. En realidad, los dos herederos médicos del maestro Ernesto Odriozola fueron don Max y mi padre, separados cronológicamente por 10 años de edad; descansaron ambos a los 79 años en meses próximos: Don Max el 5 de febrero de 1946 y mi padre el 28 de enero de 1956. González Olaechea fue sucesor de Odriozola en la cátedra de Clínica Médica, como ya dijimos, y mi padre en la Jefatura del Servicio de Santo Toribio, después llamado Servicio Odriozola. Entre el Servicio de San José y el Odriozola se estableció una fluida comunicación intelectual, comunicación amplia, generosa: fueron dos brazos que acogieron a la juventud estudiosa de las décadas del 20 al 40 casi paternalmente, en un ambiente de desinterés material, de humanismo y de señorío que influyó decisivamente en la formación científica y ética del alumnado de entonces. Quien no hubiese sido adaptable a ese clima espiritual habría destacado como oveja negra en albo redil, porque cada cual extremaba respetar las formulaciones del vivir decente y decoroso, sin espíritu empresarial ni mercantil, que es como debe ser el médico cabal.

No obstante que nunca alentó ambiciones de carácter docente-administrativo, fue elevado por sus colegas al Decanato de la Facultad de San Fernando en tres ocasiones, siempre delicadas, conflictivas, cuando era menester la presencia de alguien capaz de calmar tempestades y frenar pasiones. Primero en 1931, a raíz de la salida del Profesor Gastañeta y un grupo de docentes de la Facultad; posteriormente en dos períodos próximos, el de 1939-41 y el de 1945-46. No doy testimonio de su actuación durante la primera de estas dos etapas porque estaba fuera del país. En cuanto a la segunda, recuerdo que fue un momento de la vida nacional y universitaria extremadamente difícil, en la que solamente su personalidad austera, imaculada, podía guiar los destinos fernandinos con acierto, equidad y eficiencia.

He de referirme más adelante a la excelencia de sus lecciones clínicas. Al respecto recordaré que mientras estaba en Francia, alternaba mi formación neurológica al lado del maestro Jean Lhermite con la asistencia a las clases del extraordinario Profesor Fisinger, en la Universidad de París, al término de las cuales los alumnos de pie ovacionaban largamente al maestro. Sobre este justo tributo del estudiante francés a su profesor le escribí al Doctor González Olaechea, y con la más absoluta objetividad y sinceridad le añadía que esas aplaudidas disertaciones en nada superaban el nivel académico de las suyas, que había disfrutado en Lima. Vale subrayar el definido carácter autodidacta de su formación profesional, estrictamente realizada en nuestro país. Si es cierto que dispuso en nuestro medio de las enseñanzas y el ejemplo de Odriozola y de sus ilustres contemporáneos, González Olaechea no siguió el tradicional derrotero que Heredia había casi establecido para la formación de los docentes de nuestra escuela médica, cuando con sus propios re-

cursos alentó en Casimiro Ulloa y otros destacados jóvenes de la época, que viajasen a Europa para enriquecer su experiencia y ampliar la visión del mundo médico. Es evidente cuán positivo es el sistema de los estudios de perfeccionamiento en otros países de mayor desarrollo, pero el ejemplo del Profesor González Olaechea demuestra que no es indispensable, aun más, el hecho de que el más culto y brillante clínico que tuvo el Perú durante decenios fuera de formación exclusivamente nacional, seguramente influyó en su mayor capacidad para comprender el fenómeno humano que subyace en la personalidad de los pacientes y que muchas veces es la clase para la correcta interpretación de sus padecimientos.

La preocupación docente del maestro no se limitaba al puntual cumplimiento del compromiso curricular sino que alentaba a los estudiantes más próximos a efectuar trabajos de tesis que eran verdaderos estudios e investigaciones originales, para lo que dedicaba largas horas robadas a su descanso, en el acogedor e íntimo ambiente de su hogar-consultorio —adonde muchas veces fuí benévola recibida— para orientar, sugerir y contribuir al perfeccionamiento de tesis que habrían luego de ser sometidas con su especial y distinguida marca de fábrica, a los Jurados de la Facultad. Con tal maestría, que en algunos casos, como la tesis de nuestro distinguido y culto ex-Presidente Dr. Carlos Lanfranco La Hoz, merecieron ser presentadas a profesores visitantes de la categoría de Carlos Jiménez Díaz.

La consistente producción científica de González Olaechea constituyó el tema central del elogio pronunciado por el recordado académico Dr. Luis Espejo en el homenaje que se le tributó en esta casa poco después de su muerte. Al situar esas contribuciones científicas en las épocas sucesivas en que fueron publicadas, puede advertirse la precisa adecuación de cada una a las teorías que se fueron sucediendo en el pensamiento médico desde la doctrina bacteriana nacida del pasteurismo alrededor de 1880, pasando por la reacción iniciada por William Osler al revalidar la importancia del terreno premórbido, luego las concepciones de Eijkman sobre las carencias nutricionales, las fórmulas nacidas de la compleja Endocrinología y las corrientes integracionistas de los clínicos europeos dotados de amplia cultura científico-humanista que formularon la doctrina de la constitución individual, recordando a Pende, hasta interesarse con definido y tenaz empeño en la insurgente Neurología que lideraban Charcot y Pierre Marie en la escuela francesa.

Espejo dijo en esa ocasión memorable: “González Olaechea seguía con interés vehementemente los progresos incesantes de la medicina y sometía sus problemas a la meditación metódica. Gustaba de esa escuela severa y escrupulosa, objetiva y analítica, sagaz y sabia en las interpretaciones, ajena a todo paralogismo. Creía en la Ciencia, en sus conquistas y en sus posibilidades; creía en el poder incomparable del pensamiento científico, que en medio del fluir de las cosas, según la expresión de Heráclito, nos conduce a un Universo simbólico que tiende a ser firme y estable, buscando el “episteme griego”. Y sin ser un fanático de la ciencia, un cientista en el sentido de Brunetiére, creía, como Renan, que “la ciencia suministra el fondo de la realidad necesario a la vida”. Por mi parte, considero que esa adaptabilidad se explica y justifica porque la mayoría de científicos suelen dudar honestamente de sus propias constataciones, esperando a veces recibir la alta recompensa de un adelanto impresionante gracias a una sola idea esclarecedora que la duda puede hacer surgir en unos pocos segundos. El profesor González Olaechea publicó observaciones sobre casi todas las ramas de la Medicina Interna y se interesó mucho por la patología autóctona, describiendo las “Formas clínicas de la Enfermedad de Carrión” y luego “Dos casos de Verruga generada en Lima”, donde advertía sobre la emigración costosa de los insectos transmisores.

A la era de la preocupación infecciosa pertenece su trabajo sobre el “Síndrome de Banti sifilítico asociado a Hepatitis icterígena” y otro sobre “Eosinofilia infecciosa y vagotonía”. Recordamos la boga del diagnóstico de sífiles en la “belle époque”, que no res-

petaba ni los más ilustres nombres. Critchley ha descrito con galanura la historia de cuatro célebres luéticos, relatándonos la aventura nosológica de Daudet, Heine, Jullis Goncourt y Maupassant.

Son exponentes de su interés por la Cardiología dos trabajos posteriores, sobre "Endocarditis de evolución subaguda o lenta" y otro "Esclerosis de la arteria pulmonar. Enfisema Pulmonar".

Sus trabajos más extensos fueron para esclarecer la patología hepática, a la que contribuyó con su excelente estudio intitulado "Clasificación de las Icterias", documento invaluable y de inextinguible interés, que puso orden y método en el estudio de ese complejo síndrome. Ingresó por ese camino en la investigación clínica de las Virosis, terreno del que pasó luego a interesarse por los virus neurotrópicos, dictando lecciones memorables sobre la "Encefalitis epidémica" que asoló Europa en la Primera Guerra Mundial y que pronto apareció en nuestro medio, revistiendo proteicas manifestaciones clínicas.

Al llegar a este punto me resulta particularmente grato y creo que es además "justo y necesario" como en el léxico litúrgico, destacar la inclinación preferente del maestro por la Neurología, tanto por mi personal formación como porque en muchos aspectos sus comunicaciones fueron pioneras en el país. Estaban orientadas además, por la corriente que ahora domina en esta rama, que es la de integrarse en la Medicina Interna rescatándola de la Psiquiatría, en cuya vecindad nació en La Salpêtrière, posición solamente al alcance de clínicos consumados como él.

Comenzó su incursión en la Neurología con su trabajo sobre "Herpes zona y Encefalitis epidémica" y otro sobre "Síndrome gastrointestinal reflejo por colecistitis calculosa", donde hicieron su presentación temas referidos a la repercusión neurovegetativa de las enfermedades viscerales. Describió la "Ataxia aguda de Leyden" la "Esclerosis Lateral Amiotrófica", la "Espondilitis rizomiélica" etc., entidades cuya definición despejó muchas incógnitas de la clínica neurológica. Además, como la formación holística del médico de entonces apenas esbozaba las diferencias médico-quirúrgicas, hemos visto que en su carrera docente se registra haber desempeñado cargos docentes en asignaturas quirúrgicas. Pero era evidente que no se inclinaba por la violencia terapéutica, que llamaremos así a las soluciones de la cirugía, sino por los recursos más fisiológicos de la medicina conservadora.

En su "Historia de la Neurología en el Perú", Francisco Alayza cita 34 publicaciones del Profesor González Olaechea sobre temas neurológicos, cuyo análisis no podría hacerse en esta ocasión; solamente su enumeración excedería el marco de esta reunión conmemorativa. Tan abundante bibliografía incluye prácticamente todos los temas de la patología neurológica. Nos informamos allí que en dos ocasiones intervino el maestro en acciones quirúrgicas. Reproduzco párrafos suyos relativos a una de esas operaciones: "... el déficit motor derecho se intensificó a partir de los trece días y el estado de conciencia, que era satisfactorio, se fue desmejorando, entrando en coma. Practicamos con un bisturí convexo una incisión crucial en el cuero cabelludo hasta descubrir el hueso parietal, percibiéndose la fractura y el punto por donde entró el proyectil; aplicamos una corona de trepano en la parte anterior a la brecha ósea y otra hacia la parte posterior y externa. La extracción de las redondelas óseas puso al descubierto un pequeño foco purulento entre la duramadre y la lámina interna del parietal y varias esquirlas formadas a expensas de esta última. Posteriormente practicamos la sutura. La evolución fue satisfactoria recuperándose totalmente". Como se ve, incursionó exitosamente en esa delicada cirugía pero, desde luego, no era actividad compatible con su estilo.

Elegiré el tema de las localizaciones cerebrales. En este dominio González Olaechea demostró ser sensible al movimiento iniciado por Gall y Spurzheim que postularon la doctrina que se llamó frenológica. Efectivamente, sugirió la existencia de un centro gráfico, específicamente encargado de esa función. No es extraño que tomara partido pues el

movimiento frenológico, que al principio fue avasallador, era casi una doctrina religiosa, recibió tremendas críticas en el curso del siglo XIX en que fue postulada, pero luego fueron revalidándose sus principios fundamentales, época en la que Don Max rescató los enunciados válidos, despojados de los fanatizados excesos del principio. No podía haber estado ausente de uno de los más encarnizados debates científicos que duraron un siglo. El logro más positivo fue acabar con la doctrina holística del cerebro, que se asimilaba antes a la estructura uniforme del hígado o del riñón.

La cultura neurológica del maestro era profunda y trataba los temas pertinentes con verdadera delectación. Como era eximio semiólogo y el campo neurológico es el que ofrece más rico vergel donde el clínico puede pasar horas enteras recogiendo testimonios elocuentes del compromiso estructural o funcional de la extensa red nerviosa, para llegar inductivamente a edificar las hipótesis diagnósticas, tengo la impresión, que es casi convicción, de que allí es donde más destacaba su virtuosismo clínico y donde hallaba mayor contentamiento. Viene a propósito una anécdota que le escuchamos recordar. Nos contaba que mientras trataba de demostrar semiológicamente las zonas anestesiadas de un paciente, un "colegial" lo hinchaba disimuladamente para hacer fracasar la demostración, pero al cabo de varios ensayos así frustrados por la picardía estudiantil, ésta fue descubierta y apenas amonestado el causante con benevolente buen humor.

Al analizar las raíces de esa su preferencia por la Neurología, teniendo en cuenta la ya mencionada profundidad interpretativa que le caracterizó, viene a la memoria la cita parafraseada de Bacon que hizo el célebre maestro de la Neurología mundial Mc Donald Critchley: "el neurólogo no es ni la hormiga que acumula insumos, ni la araña que destila su red captora y viajera, sino la abeja que elabora con sus propios ingredientes interpretativos, el rico material cuidadosamente incorporado". Sin embargo, los métodos auxiliares van descubriendo mundos de precisión inaccesibles a los medios convencionales, testimonios insospechados de la evolución caprichosa de los daños estructurales, todo ello gracias a las imágenes irrecusables de la tomografía axial o de la resonancia magnética.

Hace muy poco, el Profesor Guilliart, Decano del magno templo de la Neurología en el National Hospital de Londres me decía: "con estos métodos se nos va a atrofiar pronto el cerebro a los neurólogos". El Profesor González Olaechea no alcanzó estos momentos de gran desarrollo tecnológico pero terriblemente pro-atróficos, aunque tenía una honda preocupación por los daños irreversibles del envejecimiento. Estoy seguro que habría iluminado mucho con sus observaciones sobre la Geriátrica, ciencia que valogrando postergar el término de la vida humana y nos ayuda a defendernos de la autoagresión que realizamos permanentemente sobre nuestro escaso medio kilo de DNA constitutivo, lo que ha inducido a científicos como Dan Marborough a decir visionariamente: "o somos la última generación que morirá o la primera que vivirá eternamente". Una de las últimas confidencias que el maestro me hizo fue: "amigo, amigo, deberá uno retirarse a tiempo cuando comience a fallar (y se señalaba la cabeza) pero el problema está en que capaz entonces no nos daremos cuenta". La cita violenta en Huacachina no dio lugar a esa constatación.

Su reconocida autoridad en la materia determinó que, al fundarse la Sociedad Peruana de Neuro-Psiquiatría por los Profesores Honorio Delgado y J.O. Trelles, en 1938, fuera designado Miembro Honorario. El maestro correspondió a esa distinción asistiendo y participando en las sesiones como cualquier otro miembro activo, y aportando su experiencia e iniciativas constantemente.

Pero esta semblanza quedaría incompleta si solamente tratase en términos de cientifismo la obra de González Olaechea. Porque la Medicina es también arte y sus cultores destacan cuando buscan la verdad con el apasionamiento del pintor que persigue y manipula un color o una forma representativa o sugerente, hasta que la chispa brota entre la idea y la metáfora iluminando la verdad o la belleza, en lo que ambas tienen de sinónimos.

Don Max era un artista del diagnóstico. Compartía la preocupación de sus antecesores inmediatos, los grandes clínicos franceses, y pudo haber repetido la invocación del gran Trousseau a sus alumnos al iniciar sus clases de Clínica Médica: "¡por favor, señores, menos ciencia y más arte!". Y eso en una época en que apenas se esbozaba la medicina científica. Arte en el diagnóstico y arte en la terapia, sugiriendo que la página blanca en la que se escriben las formulaciones equivale al lienzo en que traza el artista sus creaciones originales. Esto quiere decir que González Olaechea no se abandonó jamás a la rutina ni a la estereotipia, que entendía cada situación clínica en su individualidad, lo que le hacía a menudo recrear soluciones adaptables a la idiosincracia y la circunstancia. Al hombre y su circunstancia, al decir de Ortega. . .

La vida institucional ocupó mucho del tiempo y el quehacer del maestro. Es que la misión social del médico no termina con la atención de la salud individual o colectiva y en el aula universitaria, pues le corresponde una tarea institucional ineludible para quienes merecen pertenecer a la élite profesional. Es una exigencia para la cultura, para el prestigio nacional, para la complementación de los ciclos de perfeccionamiento que se desarrollan en instituciones donde se debaten los temas trascendentes y se anuncian los descubrimientos. Don Max fue muy sensible a este deber fundamental que comprenden y sienten más profundamente quienes se identifican como representantes legítimos de su sector profesional. Tal contribución institucional la otorgó el maestro en forma generosa e indesmayable, asistiendo regularmente a las sesiones hasta en los últimos años y contribuyendo a que se alcanzaran niveles susceptibles de grabarse en nuestra historia.

Quienes pertenecemos a esta centenaria Academia apreciamos quizás mejor que otros la importancia de este tipo de aportes al proceso evolutivo del pensamiento que va caracterizando a las sociedades nacionales. Sabemos que esa contribución desinteresada, hecha a expensas de intereses materiales descuidados o del reposo merecido al fin de las jornadas, se gratifica con la conciencia de haber sido dignos de la confianza depositada por la sociedad.

Don Max González Olaechea presidió esta Academia durante el año 1923, uno de los más activos de nuestra historia reciente, habiéndose interesado además en atraer al mayor y más idóneo grupo de colegas de su época.

Recordamos la figura atrayente y brillante del maestro, recibiendo a sus pacientes desde lo alto de la escalera de mármol de su hogar-consultorio, al clásico estilo de los maestros franceses, lo que alentaba en los enfermos la confianza derivada del ambiente familiar, pleno de calor humano. Y lo recordamos, asimismo, a la cabecera de sus enfermos hospitalarios, quienes, como en la relación de Tácito con Plinio el Joven, no se sabe bien si lo amaban porque lo admiraban o lo admiraban porque lo amaban.

Al llegar al término de estas palabras debo declarar que tratándose del Profesor González Olaechea, los adjetivos huelgan: era un valor sustantivo. Valor sustantivo de la Medicina, de la Cultura, de la Nacionalidad. Por esto nuestro tributo, por eso la permanencia de su mensaje. Porque los meridianos de la eternidad pasan por las religiones y por la biología, pero también por la cultura. Es sensible que el país no haya atraído a la conducción de sus destinos a varones esclarecidos, como quien nos congrega hoy en el recuerdo. ¡Quién no habría sido patriota, quién no habría sido decente, quién no habría sido estudioso, quién no habría sido abnegado y solidario al conjuro de su ejemplo!

La vigencia de su obra nos compromete a reeditarla. La significación paradigmática de su personalidad nos obliga a reiterar su presencia ante las generaciones jóvenes que, sin conocerlo personalmente, son herederos del prestigio que otorgó a la profesión. Al reconocer estos imperativos morales, la Academia ha acordado realizar en el curso del presente año, en la ciudad de Ica, que recibió su postrero aliento vital, las Jornadas Médicas que llevarán su nombre preclaro.

Al hacer este anuncio en nombre de la Directiva de la Academia Nacional de Medicina, quiero expresar nuestro agradecimiento a los familiares del maestro porque nos han permitido realizar este homenaje a su esclarecida memoria, y por habernos honrado con su presencia.

Inmediatamente, se procedió a descorrer el velo al retrato del Doctor Don Max González Olaechea, colocado en la galería de los Presidentes más ilustres de la Academia Nacional de Medicina.

El señor Presidente de la centenaria Institución, invitó a familiares y concurrentes a pasar al salón en el que se encontraba instalado el cuadro.

En presencia del Senador de la República, Doctor Javier Valle Riestra González Olaechea y del Embajador Doctor Manuel González Olaechea, nieto y sobrino carnal, respectivamente, del eminente hombre de ciencia y demás familiares, el señor Presidente dijo:

Acabamos de escuchar el brillante discurso del Académico, Profesor Doctor Jorge Voto Bernales, relatando justiciera y elegantemente la vida del Maestro que se fue hace 40 años, dejando un camino limpio y ejemplar y digno de imitarse. Creo ahora que es procedente, delante de los familiares más cercanos, recordar a la compañera de su vida, la honorable y respetable dama señora Doña Hortensia Olaechea de González Olaechea. Siempre amable y generosa, lucía una personalidad sencilla, propia de almas nobles. Formaron una pareja ideal. Tuvieron cuatro hijos, dos damas y dos varones. Solamente vive la señora Hortensia. Sentimos su ausencia. Teresa falleció. Ninguno de los dos hijos —Augusto y Alfredo— estudió Medicina. Fueron abogados. Augusto casó con la hija del Profesor Ernesto Odriozola, hijo de Manuel Odriozola, padre e hijo fueron luminarias médicas. Tampoco, ningún Odriozola estudió Medicina.

En ausencia de la señora Hortensia, ruego a la Señorita Isabel González Olaechea, la sobrina carnal preferida del Maestro, que tenga la bondad de descorrer el velo, en nombre de su familia.

Acto seguido, en nombre de la familia del que fuera Académico, Profesor Dr. González Olaechea, hizo uso de la palabra el señor Senador de la República, Doctor Javier Valle Riestra González Olaechea, quien agradeció el homenaje tributado a su ilustre abuelo, en los términos siguientes:

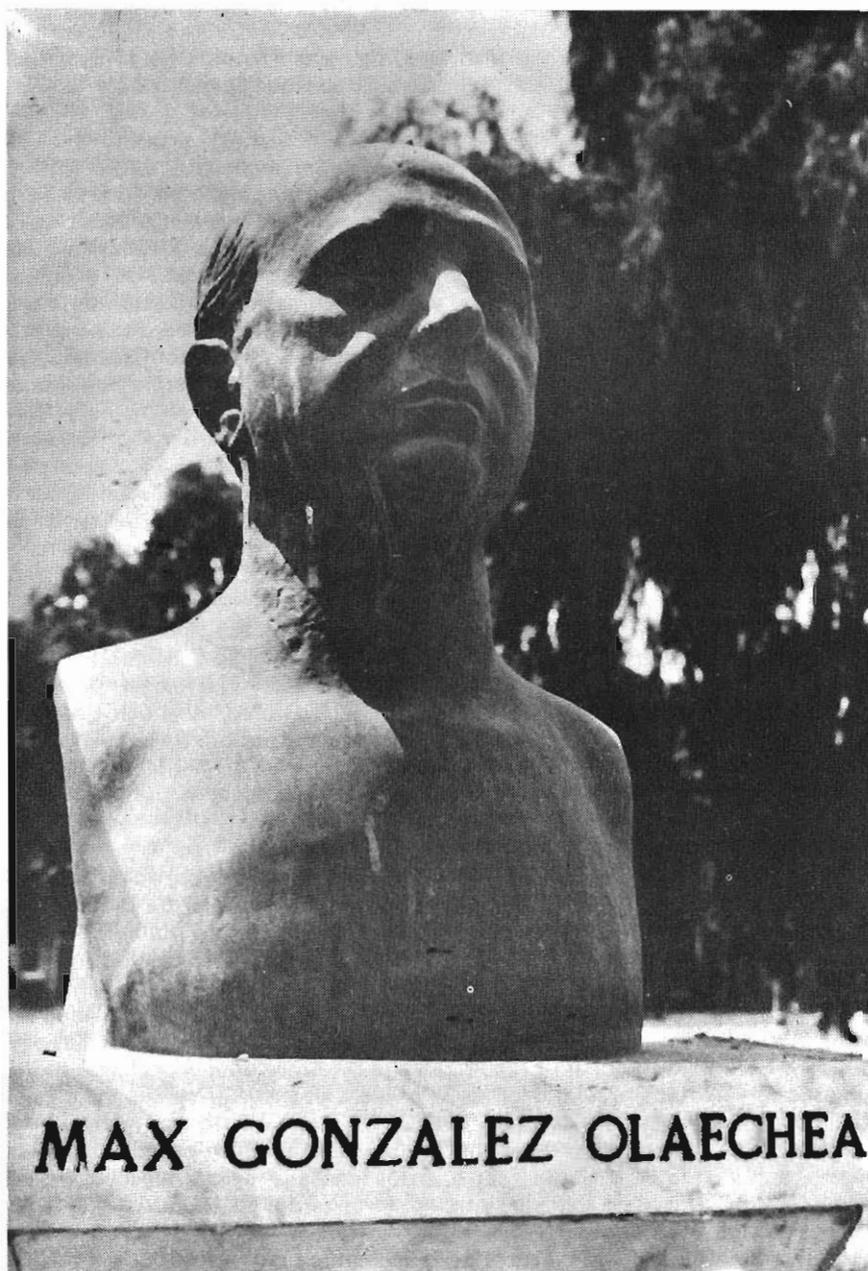
DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL SEÑOR SENADOR DOCTOR JAVIER VALLE—RIESTRA GONZALEZ OLAECHEA

Excmo. Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina
Señores Académicos
Señoras y Señores:

Una suerte de mayoralzgo me ha deparado el honor de hablar en nombre de la familia para agradecer el homenaje a mi abuelo materno, Max González Olaechea, fallecido en mis brazos hace cuarenta años, cuando yo tenía catorce, en el balneario de Huacachina.

Ya el doctor Jorge Voto Bernales ha hecho un elogio *cum laude* de mi ilustre antepasado y, lógicamente, no vendré yo a reiterar elogios. Si alguien debe ser elogiado ahora son Ustedes, los discípulos, que demuestran casta ya que son leales a su Maestro, al que no han olvidado.

El Perú tiene una memoria frágil pero Ustedes refutan ese axioma. El Dr. Voto Bernales mencionó al gran hereje, a Renán y Ustedes han demostrado la definición que de la patria hiciera en su famoso discurso de la Sorbona: "la patria se nutre de dos cultos: el del recuerdo y de la esperanza". Hoy hemos estado en la liturgia del recuerdo. Y por eso



Busto de Max González Olaechea instalado en el Parque de la Medicina, en la ciudad de Lima. (Escultura de Campagnola).

es que hoy se hace realidad la vieja definición del discípulo: el que pone su huella en la última pisada del Maestro.

Igual ha hecho el Dr. Vitaliano Manrique, figura tan familiar para mis parientes, en sus palabras iniciales. Ambos galenos han demostrado que la medicina y la oratoria no están en entredicho.

Pero yo, que viviera con mis abuelos desde los cinco años, también me siento discípulo de Don Max. Yo me eduqué en medio de esfigmomanómetros, termómetros, probetas, retortas, bustos de Hipócrates; Codex Hippocraticum; algún añoso feto zambullido en formol, agujas hipodérmicas; en medio de una gran biblioteca algunos de cuyos títulos recuerdo (**etiología médica, patogenesis, clínica médica** etc.). Y también de infinitas revistas profesionales, tales como "La Crónica Médica" que fundara el Dr. Leonidas Avendaño, padre de mi maestro aquí presente, el doctor Jorge Avendaño Hübner, catedrático de jurisprudencia médica en la Universidad Católica, asignatura en que no destaqué; la "Reforma Médica" co-fundada por Paz Soldán y por el Dr. Baltazar Caravedo, padre del Dr. Caravedo, también presente y que hoy ha escrito en "El Comercio" un sobresaliente artículo en recuerdo de mi abuelo (*); "Anales de la Facultad de Medicina", "Revista de Neuropsiquiatría y disciplinas conexas"; "La Gaceta Médica Peruana", "Revista Médica Peruana", la "Gaceta de los Hospitales", el "Boletín de la Academia Nacional de Medicina" que apareciera en 1896, a los once años de creada por ley esta Academia, sucesora de la Academia Libre de Medicina; "Perú Médico y Acción Médica", de Sebastián Lorente, gran alienista y causer, cuyo hijo, mi concuñado, lo supongo en esta ceremonia; y finalmente el "Journal Medical", que tenía sobre su mesa de noche la madrugada en que falleció.

Mi abuelo fue quien me enseñó a leer. No fue un proceso sino que recuerdo el día exacto; cuando yo, alumno de la sección masculina del Colegio San José de Cluny, situado en la calle General La Puente, a dos cuadras de este lugar, resultaba difícil de entender para descifrar el lenguaje críptico del alfabeto. Pues bien, mi abuelo una mañana en su escritorio, poniéndome a horcajadas sobre sus piernas decidió que ese día aprendería y me dió la clave. Ni-ño, Niño. A los pocos días cuando ya me había precipitado en una lectura veloz le hice una fatua pregunta infantil, la misma que un alumno de la famosa señora Montessori recibiera, según relata:

"¿abuelo y tú también sabes leer?" Sonrió benevolamente.

Pero no fuí médico. Y de mi abuelo apolítico, resulté político; de mi abuelo conservador, resulté progresista. Pero, influido por un sentido apostolar de la vida, por su vocación sacerdotal entendí que curar hombre por hombre, en caso por caso, era lento. Escogí el camino de la medicina sociológica. Y reclamé para el Perú lo mismo que Joaquín Costa reclamara para España a comienzos de siglo: un cirujano de hierro.

No dejó de influir sobre mí el no conocido sentido historicista de mi abuelo. No me puedo olvidar la habilidad prolija con que me relatara el fusilamiento de Salaverry, en su día fusilador de mi tío bisabuelo Francisco Valle-Riestra, frente al portal de Flores, en la Plaza Mayor de Arequipa, quien luego de la primera descarga grita: "la ley me ampara". Mi tendencia abolicionista, sin talionaje familiar alguno, nació de esos relatos. Y el asedio de Paucarpata por los enemigos de la confederación. O también cuando, recién recibido de médico, actúa en la Plazuela de Teatro, a dos manzanas de este lugar, en urgentísimas intervenciones quirúrgicas de soldados y montoneros caídos en 1895. Así que también tuvo su etapa de cirujano.

Fue un hombre de pocas palabras pero un hombre de ingenio. Como médico de la penitenciaría reemplazó el sistema dactiloscópico de Bertillon por el de Vucetich. Y también fue polemista. Recuerdo sus réplicas y dúplicas con el Dr. Julián Arce. Uno de los artículos se llamaba "Erre que erre el Dr. Arce". Fue un profundo científico, un erudito; un intuitivo. Por eso es cuando Honorio Delgado pronunciara una conferencia en el Ins-

tituto Riva-Agüero sobre su formación, reconoció en Max González Olaechea uno de los que más influyó; dijo: "un introvertido que conocía hondamente su profesión".

Permítanme hacer una ubicación histórica del protagonista de esta noche.

La medicina peruana del siglo pasado hallábase en decadencia. En una crisis de respetabilidad. Caviedes, el poeta y tendero andaluz del siglo XVII, que tenía su cajón en nuestra Plaza de Armas, fue el que dijo por su fobia antimédica:

Ya los autos de fe
se han acabado sin duda,
porque de la Inquisición
médico han hecho a Machuca
Relajados en estatus
saldrán judíos y brujas,
no en persona, que estarán
ya relajados con purgas.

Sin embargo, la medicina recibió peor golpe en el pasado siglo del Poder Judicial que de los poetas. ¿Cómo así? La profesión médica estaba suplantada y usurpada por herbolarios y curanderos intrusistas. Dorotea Salguero fue denunciada ante el Juez de Primera Instancia por el proto-médico doctor Miguel Tafur porque en su casa tenía un hospital donde oficiaba de médica, cirujana y farmacéutica. Fue denunciada dos veces; en 1827 y 1831. Se defendió invocando los derechos constitucionales y afirmando que el proto-medico era una institución en entredicho con la ley fundamental. Su letrado resultaba una especie de amparista precursor. Alegó que no había matado a nadie y que solo se había ocupado de casos desahuciados o abandonados por los médicos. Aunque parezca mentira la sentencia expedida el 2 de abril de 1831 en su parte considerativa dijo que la acusada no había muerto a nadie con sus métodos y lo que es más grave:

"que la medicina no es ciencia sino un arte tan vario y falible como la misma naturaleza del hombre".

El gobierno de la confederación Perú-boliviana dictó luego un decreto: "que no se haga innovación alguna de la práctica de administrar medicinas en las que con aceptación general está reconocida doña Dorotea Salguero".

Tuvieron que venir tres generaciones médicas para elevar el nivel profesional. Quizás se sufrió en el Perú las etapas clásicas: dejar que la enfermedad evolucione por sí sola; el empirismo, al aplicar a casos análogos la misma medida sanatoria; el criterio mágico; y finalmente el criterio científico.

Basadre siguiendo el método orteguiano menciona a esas generaciones:

De 1854 a 1869: Lino Alarco, Corpancho, Constantino Carvallo, Ricardo Flores, oftalmólogo y hombre curioso que trajo el primer microscopio y el primer automóvil; Leonidas Avendaño, Juan Byron, Julián Arce, con quien mi abuelo polemizara, Rómulo Eyzaguirre, Ernesto Odriozola, autor de un trabajo denominado "El Corazón senil" y otro sobre "La Maladie du Carrión", los mejores de medicina nacional decimonónica, abuelo materno de otros nietos de mi abuelo: los González-Odriozola. Finalmente, mi abuelo, nacido el 30 de noviembre de 1867 en Arequipa, doctorado con un trabajo sobre "La Cirrosis Hepática".

Luego vendrían los nacidos entre 1870 y 1883: Bello, Barton, León García, Merkel, Herculles, Febres, el sabio Escomel, el cirujano Aljovin, Juan Voto Bernal, padre del gran conferencista de esta noche quien ingresase a esta Academia con un trabajo titulado "La Diatermia": nuevos métodos en curación", Tamayo, Pazos Varela, Gastiaburu, Gastañeta; Abel Sabino Olaechea Olaechea, mi tío abuelo, primer Director de Salubridad.

Y más tarde de 1884 a 1901: Carlos Monge, autor de excelentes trabajos sobre la medicina de altura y que en discurso necrológico al pie del féretro de mi abuelo dijera que

“enseñó a pensar ante el lecho del enfermo”. Al logos, apartándose de cualquier escolástica o teoricismo; Hermilio Valdizán, catedrático de jurisprudencia médica y colaborador en la comisión reformadora del código civil de 1852, del que recuerdo su intervención sobre el momento en que aparece la vida a propósito del artículo “al que está por nacer se le reputa vivo para todo lo que le favorezca, con tal de que nazca vivo”; Paz Soldán, Rebagliati, Almenara, Espejo, Baltazar Caravedo Prado, gran alienista, que debió ser realmente el primer director del Larco Herrera, local que reemplazara la loquería del cercado y donde según me contara mi abuelo un famoso médico argentino, Domingo Cabred, incendiara una de las jaulas en que se enclaustraba entonces a los pacientes, lo que evidentemente acentuó la vocación reformadora de Caravedo. Finalmente, pero no por eso al último, recuerdo a Sergio Bernales, gran clínico que trabajara en la Sala San José del Dos de Mayo, amicusísimo de mi abuelo, a quien evoco con afecto y fraternidad ya que fue mi compañero de Partido.

He hablado en un tono histórico. Quizás si influye el hecho de que esta casa fuera propiedad del Dr. José María Quimper, Ministro de Hacienda en el aciago 1879, y que la calle misma está cargada de historia porque en ella vivió el Canciller de Hierro, Melitón Porras y tuvo también lugar la famosa tertulia de la señora Belzú.

Sí.

Mi abuelo fue un gran clínico. Y yo fui quien escuchó su último diagnóstico con el que se autosentenciara. Al sentirse mal en ese proceso de síncope, sopor y asfixia recordado por el Dr. Caravedo en su artículo de esta mañana, mi pobre abuela le dijo: “llamaremos a un médico a Ica”. “¿Para qué?”, respondió él; una cosa tan grave; se trata de un edema pulmonar. Es decir aquello que fuera materia de uno de sus trabajos. Antes de media hora moriría.

Creo que en algún lugar, quizás en el Dos de Mayo, deberíamos parodiar en español la frase latina que existía en el “San Carlos” de Madrid, según recuerda Laín Entralgo:

“Hipócrates floreció entre los suyos Cos. En España, siempre”.

González Olaechea floreció entre los suyos. Del Perú siempre.

Muchas gracias.

Para cerrar esta Solemne Sesión Extraordinaria en homenaje a la memoria del Académico, Profesor Max González Olaechea, en el cuadragésimo aniversario de su fallecimiento, el señor Presidente de la Academia se puso de pie y agradeció su asistencia al señor Decano de la Facultad de Medicina de San Fernando de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Profesor Dr. Raúl Romero Torres; al señor Rector de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Profesor Alberto Cazorla Tálleri; a los señores Académicos, al señor Senador de la República, Dr. Javier Valle Riestra González Olaechea; al señor Embajador Dr. Manuel González Olaechea, al señor Dr. Manuel Pablo Olaechea, a los familiares y amigos de la familia del insigne homenajeado, médicos y estudiantes y todos los que con su presencia daban realce a tan significativo acto, que revistió un especial relieve, añadiendo:

“Hemos escuchado dos piezas oratorias llenas de colorido, elegancia y galanura en el idioma y cuánto a brillantes de frases, con que han recordado a tan eminente y preclaro maestro, gran señor y hombre de bien. Son lecciones inolvidables. Desde hoy, tenemos más cerca aún al Dr. González Olaechea, porque veremos su retrato en la galería de los Presidentes de la Academia Nacional de Medicina, en cuyo nombre y mío propio les reitero a todos Ustedes, muchas gracias por su gentil asistencia”.

(*) Artículo de Página Editorial del diario "El Comercio" de Lima, publicado el miércoles 5 de febrero de 1986 y escrito por el ilustre médico y Académico Profesor Baltazar Caravedo Carranza.

Max González Olaechea

Hoy hace 40 años que en Huacachina murió un gran hombre y un gran médico, Don Max González Olaechea. La figura patriarcal de este maestro lo ténico prendida en la retina. Yo era estudiante de medicina y llegué al Hospital Doña Mayo para atender y escuchar las enseñanzas de tres grandes médicos que allí ejercían, Don Max, luego el Dr. Juan Voto Bernaldes, y finalmente Don Sergio Bernaldes. La figura patriarcal de Don Max la recuerdo como la de un hombre calmado, sereno, afable, con una sonrisa irónica pero no burlante que acostumbraba a soportar las respuestas más impertinentes e ilógicas de los alumnos que pasaban por su sala. Nunca hizo sentir la distancia entre el saber y la ignorancia. Siempre escuchó con paciencia y no se alteró jamás por las cosas absurdas que oía.

Parecía un patricio romano cuando entraba a su sala, por la majestad y serenidad que imponía. Su vida estuvo consagrada al ejercicio puro de la medicina clínica; no quiso jamás mezclarse en la política para la cual se reconocía carente de capacidad, ni se perdió en discusiones gremiales. Gran lector, estaba informado y al día de la producción clínica, europea y norteamericana. Siguiendo la norma de la clínica francesa y dentro del más puro hipocratismo Don Max centraba su atención en el examen del paciente, minucioso, pueril, reiterativo en muchos casos. Asimismo la anamnesis la realizaba con todo detalle, no desperdiciando siquiera lo más nimio.

Podría decirse que fue un investigador llano de probidad. Amó la clínica y en ella se mantuvo con firmeza inquebrantable. En la época que ejerció la medicina habla dejado de ser un oficio artesanal y se había convertido en una actividad técnica y científica. El médico ya no estaba inerte ante el dolor y la muerte; de un armamentario terapéutico parvo pasamos a la conquista de la química y de los laboratorios y de allí a la producción masiva y obsesiva de las nuevas drogas. Don Max nunca se dejó impresionar por cosas que iban saliendo, sabía distinguir lo excelente dentro del

cambio caótico que se presentaba en la época.

Como dijo Paz Soldán: "tenía ojos para sorprender los males que llevaban sus clientes. Mirando el dolor ajeno y aliviando las dolencias de los otros, tuvo el privilegio de ignorar su propio padecimiento". La figura de Don Max en la historia de la Medicina rara vez será repetida; ocupó tres veces el Decanato de la Facultad de Medicina, ejerció los cursos de Patología general y Clínica médica, fue presidente de la Academia Nacional de Medicina entre 1921 y 1923.

Era una fuente constante de información de todo lo que leía, y aprendía; su dignidad, su sereno lo hicieron siempre un hombre respetado, escuchado, al cual nunca nadie se atrevía a objetar por el respeto que se le guardaba. Lo recuerdo en mi casa, siendo un estudiante de medicina fue a ver a mi padre, durante 5 horas lo examinó y conversó con él, leyó todos los exámenes que le habían hecho y su diagnóstico fue tan certero y preciso que cuando en la Clínica Mayo lo chequearon durante 2 meses, llegaron a la conclusión a la cual había llegado Don Max en 8 horas de examen. Su gran fuerza estaba en su palabra suaria, en su examen delicado; por eso como todo gran hombre en el campo de la Medicina fue tenaz en la acción y en el consejo. Paz Soldán dice que en el día de su muerte las 3 puertas que Bichat señalaba, el síncope, la asfixia y el coma se abrieron juntas en medio de la paz de ese campo de arenales enverdecidos donde había ido a buscar una tregua a su activo ejercicio profesional y a sus responsabilidades de Decano.

Don Max fue una lección permanente de honestidad, de desprendimiento, cayó sin tránsito final y pasó de la vida a la muerte en medio del amanecer de los largos días que en ese día de 1946 fijaron el ritmo de su paso, del hombre que calladamente no supo hacer sino el bien. La Medicina y las generaciones actuales deberían agradecerle para leer y aprender de su conducta el ejemplo que todo gran hombre en el ejercicio de su profesión deja a las generaciones siguientes.

MAX GONZALEZ OLAECHEA

Hoy hace 40 años que en Huacachina murió un gran hombre y un gran médico, Don Max González Olaechea. La figura patriarcal de este maestro la tenemos prendida en la retina. Yo era estudiante de medicina y llegué al Hospital Dos de Mayo para aprender y escuchar las enseñanzas de tres grandes médicos que allí ejercían, Don Max, luego el Dr. Juan Voto Bernales y finalmente Don Sergio Bernales. La figura patricia de Don Max la recuerdo como la de un hombre calmado, sereno, afable, con una sonrisa irónica pero no hiriente que acostumbraba a soportar las respuestas más impertinentes e ilógicas de los alumnos que pasaban por su sala. Nunca hizo sentir la distancia entre el saber y la ignorancia. Siempre escuchó con paciencia y no se alteró jamás por las cosas absurdas que oía.

Parecía un patricio romano cuando entraba a su sala, por la majestad y serenidad que imponía. Su vida estuvo consagrada al ejercicio puro de la medicina clínica; no quiso jamás mezclarse en la política para la cual se reconocía carente de capacidad, ni se perdió en discusiones gremiales. Gran lector, estaba informado y al día de la producción clínica, europea y norteamericana. Siguiendo la norma de la clínica francesa y dentro del más puro hipocratismo Don Max centraba su atención en el examen del paciente, minucioso, pulcro, reiterativo en muchos casos. Asimismo la anamnesis la realizaba con todo detalle, no desperdiciando siquiera lo más nimio.

Podría decirse que fue un investigador lleno de probidad. Amó la clínica y en ella se mantuvo con firmeza inquebrantable. En la época que ejerció la medicina había dejado de ser un oficio artesanal y se había convertido en una actividad técnica y científica. El médico ya no estaba inerme ante el dolor y la muerte; de un armamentario terapéutico parco pasamos a la conquista de la química y de los laboratorios y de allí a la producción masiva y obsesionante de las nuevas drogas, Don Max nunca se dejó impresionar por las cosas, que iban saliendo, sabía distinguir lo excelente dentro del cambio caótico que se presentaba en la época.

Como dijo Paz Soldán: "tenía ojos para sorprender los males que llevaban sus clientes. Mirando el dolor ajeno y aliviando las dolencias de los otros, tuvo el privilegio de ignorar su propio padecimiento". La figura de Don Max en la historia de la Medicina rara vez será repetida: ocupó tres veces el Decanato de la Facultad de Medicina, ejerció los cursos de Patología general y Clínica médica, fue presidente de la Academia Nacional de Medicina entre 1921 y 1923.

Era una fuente constante de información de todo lo que leía, y aprendía; su dignidad, su señorío lo hicieron siempre un hombre respetado, escuchado, al cual nunca nadie se atrevía a objetar por el respeto que se le guardaba. Lo recuerdo en mi casa; siendo un estudiante de medicina. Fue a ver a mi padre, durante 5 horas lo examinó y conversó con él, leyó todos los exámenes que le habían hecho y su diagnóstico fue tan certero y preciso que cuando en la Clínica Mayo lo chequearon durante 2 meses, llegaron a la conclusión a la cual había llegado Don Max en 5 horas de examen. Su gran fuerza estaba en su palabra suasoria, en su examen delicado; por eso como todo gran hombre en el campo de la Medicina fue tenaz en la acción y en el consejo, Paz Soldán dice que en el día de su muerte las 3 puertas que Bichat señalaba, el síncope, la asfixia y el coma se abrieron juntas en medio de la paz de ese campo de arenales enverdecidos donde había ido a buscar una tregua a su activo ejercicio profesional y a sus responsabilidades de Decano.

Don Max fue una lección permanente de honestidad, de desprendimiento; cayó sin tránsito final y pasó de la vida a la muerte en medio del amanecer de los lares queños que en ese día de 1946 fijaron el ritmo de su paso, del hombre que calladamente no supo hacer sino el bien. La medicina y las generaciones actuales deberían recordarlo para leer y

aprender de su conducta, el ejemplo que todo gran hombre en el ejercicio de su profesión deja a las generaciones siguientes.

Artículo editorial publicado en la Página Editorial del diario "La Crónica" de Lima, el 5 de febrero de 1986

DON MAX GONZALEZ OLAECHEA

Por: Juan Velit Granda

Hace exactamente cuarenta años la muerte del Doctor Max González Olaechea fue un golpe duro y artero no sólo para su gran y amplio círculo académico y social, sino para la medicina peruana. En un país, como el nuestro, sin memoria histórica y sin vocación de gratitud, el recordar esta fecha trágica es la modesta figura de retribuirle agradecimiento a quien engrandeció una profesión ya grande por naturaleza propia.

El 5 de febrero de 1946, cuando el Doctor Max González Olaechea se había ausentado al paradisíaco balneario de Huacachina, el zarpazo imprevisible de la muerte lo sorprendió y con ello se truncó una de las más fructíferas personalidades del mundo universitario y principalmente de la Historia de la Medicina en el Perú.

El Doctor Max González Olaechea había nacido en Arequipa y era hijo de una respetable y tradicional familia peruana. Realizó sus estudios en la Facultad de Medicina de San Fernando, en Lima y se graduó con una tesis que marcó, en ese entonces, un hito en su especialidad, "Cirrosis Hepática".

Había sido médico del Hospital "Loayza" y del Hospital "2 de Mayo". Catedrático de Clínica Médica y de Patología General, Presidente de la Academia Nacional de Medicina y ejercía, al momento de su deceso, por tercera vez el prestigioso Decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima.

El Doctor González Olaechea había sido el primer médico latinoamericano a quien la Academia de Medicina de los Estados Unidos, en Nueva York, le rendía homenaje haciéndolo su miembro de honor.

Si bien los atributos anteriormente citados, son importantes para una vida dedicada a la investigación y al mundo académico, existe una y más importante y valedera razón para este justo recordatorio. Su vida larga y generosa estuvo principalmente dedicada al bien público y a la entrega a los necesitados, no sólo fue el hábil y oportuno consejero de alumnos y pacientes sino, a decir del Doctor Miguel Aljovín, "... fue el prototipo de la caballerosidad y de una ética ejemplar e intachable".

Pertenciente a una estirpe heroica de médicos, a quienes en los duros momentos se les recuerda con gratitud, había nacido predestinado al apostolado de la medicina y puso siempre su vida y su ciencia al servicio de los desposeídos y sufrientes.

Tal vez el recuerdo de las palabras del notable Doctor Augusto Pérez Aranibar, en su homenaje hecho a González Olaechea, sean las más elocuentes y reveladoras frases que sigan teniendo vigencia para esta insigne figura "Pasó por la vida dejando una estela luminosa que no se debe extinguir para que sirva de norte y de guía a los futuros médicos".

Y luego añadiría Pérez Aranibar "su nombre es un símbolo que debemos señalar a la juventud como paradigma de virtudes poco comunes".

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

RELACION DE ACADEMICOS TITULARES Y ASOCIADOS

Presidente Honorario: Dr. Jorge Avendaño Hubner
Miembros Honorarios: Dr. Francisco Valega Pasara
Dr. Oscar Soto Ahano

JUNTA DIRECTIVA

Bienio 1985 - 1987

Presidente: Dr. Vitaliano Manrique V.
Vice-Presidente: Dr. Baltazar Caravedo C.
Secretario Permanente: Dr. Carlos Bustamante R.
Secretarios Anuales: Dr. Alberto Cazorla.
Dr. César Zapata Vargas
Tesorero: Dr. Teobaldo Pinzas
Vocales: Dr. Jorge Voto Bernales
Dr. Carlos Lanfranco La Hoz
Dr. Tulio Velasquez Quevedo.

ACADEMICOS TITULARES

Dr. Acevedo Darío	Dr. Arias Stella Javier
Dr. Bancalari Ernesto	Dr. Bustamante R. Carlos
Dr. Baltazar Caravedo C.	Dr. Cazorla Talleri Alberto
Dr. Cornejo Ricardo H.	Dr. Costa Elice Gino
Dr. De La Flor Valle Jorge	Dr. Delgado Febres Hernesto
Dr. Fernández E. Enrique	Dr. Garrido Klinje Germán
Dr. Gutiérrez Luis Darío	Dr. Lanfranco La Hoz Carlos
Dr. Manrique V. Vitaliano	Dr. Merino César
Dr. Monge C. Carlos	Dr. Muñoz Torcello Carlos
Dr. Pérez Aranibar Eduardo	Dr. Perchiera Carlos
Dr. Philipps Juan	Dr. Pinillos Ganoza Luis
Dr. Pinzas Teobaldo	Dr. Trelles Montos Oscar
Dr. Salcedo Fernandini Manuel	Dr. Vargas Machuca Ramón
Dr. Velásquez Quevedo Tulio	Dr. Voto Bernales C. Jorge
Dr. Zapata Ortíz Vicente	Dr. Zapata Vargas César

ACADEMICOS ASOCIADOS

Dr. Guido Battilana	Dr. Carbone Fossa Angel
Dr. Castillo Fernando	Dr. Castillo Narváez Félix
Dr. Castro De La Mata Ramiro	Dr. Coll Hidalgo Guillermo
Dr. Cornejo Donayre Alberto	Dr. Contreras P. Guillermo
Dr. Gálvez Brando José	Dr. García Cáceres Uriel
Dr. Garmendia Lorena Fausto	Dr. Guerra García Róger
Dr. Jiménez Borja Arturo	Dr. León Barúa Raúl
Dr. López Oré Carlos	Dr. Mariátegui Ch. Javier
Dr. Mogrut Muñoz Octavio	Dr. Muñoz Puglisevich Julio
Dr. Peñaloza Dante	Dr. Pretell Zárata Eduardo
Dr. Reynafarje César	Dra. Roedenbeck Susy
Dr. Solidoro S. Andrés	Dr. Subauste Carlos
Dr. San Martín F. Mauricio	Dr. Ubillús Daga Del Castillo Rodrigo
Dr. Villanueva Meyer Herbert	Dr. Neyra Ramírez José